



MARCEL D'ISARD

Sissi

EMPERATRIZ

emecé

MARCEL D'ISARD

Sissi

EMPERATRIZ

emecé

CAPÍTULO I

Los primeros días luego de la boda

Después del compromiso de Sissi con Francisco José, Austria volvió poco a poco a su ritmo habitual. Sin embargo, eso no significaba que la gente se hubiera olvidado de su nueva emperatriz. Muy por el contrario: en su corazón todos seguían adorando a esa joven princesa bávara que había conquistado a todo un pueblo. Cada vez que Sissi aparecía en público, la recibían con respeto y muestras de cariño, a las que ella respondía con sonrisas y miradas de agradecimiento.

Francisco José se sentía el hombre más afortunado del mundo. Daba gracias por tener una esposa capaz de ganarse el afecto de sus súbditos. En su despacho, mandó colocar un retrato de ella, para no sentirse tan solo durante las largas horas que dedicaba a los asuntos de Estado. De vez en cuando, levantaba la vista y se quedaba mirando el cuadro embelesado.

Por su parte, Sissi había armado en el palacio una especie de mini zoológico, que era hogar, entre otros animales, de

unos espléndidos papagayos de plumas multicolores. Ella misma se encargaba de cuidarlos, como solía hacerlo en su casa de Possenhofen.

Tal vez eso le traía un poco de nostalgia de su tierra, especialmente durante esas largas horas en que tenía que quedarse sola porque Francisco José estaba ocupado con reuniones, comisiones y noticias que le traían sus ministros. Aun así, entendía que era parte del rol de su esposo y sabía que él la amaba profundamente, un amor que ella compartía con igual intensidad.

Sissi era feliz. A veces, incluso desafiando un poco el protocolo del palacio, se animaba a aparecer por sorpresa en el despacho del emperador. Otras veces, escribía en su diario, donde volcaba toda la alegría que sentía, aunque también dejaba entrever cuánto extrañaba la libertad salvaje que había tenido en Baviera. Y es que, a pesar de que le hubiera gustado no sentirse así, experimentaba cierta nostalgia de su tierra natal.

Le gustaba recorrer los jardines del palacio, juntar flores y repartirlas por los distintos salones, especialmente en el despacho de su esposo, quien recibía esos pequeños gestos como si fueran grandes regalos.

Sin embargo, sus actitudes espontáneas solían chocar con la estricta mirada de la archiduquesa Sofía, madre de Francisco José. A su juicio, Sissi se dejaba llevar demasiado por el corazón. No era que no la quisiera —al contrario, valoraba con sinceridad sus muchas virtudes—, pero Sofía era de las que pensaban que hasta los gestos más pequeños de-

bían ser cuidados en las personas que intervenían en asuntos oficiales. Para ella, la vida íntima debía equipararse con la responsabilidad de cada cargo. Por eso, no dejaba pasar la ocasión de reprender a Sissi cuando lo creía necesario, como lo hacía también con su propio hijo.

A pesar de esas tensiones, la joven pareja era feliz. Estaban profundamente conectados y tenían fe en el futuro. Llevaban apenas cuatro semanas de casados y ambos sentían que estaban viviendo los días más hermosos de sus vidas.

Mientras tanto, en el ámbito político, las cosas no se detenían. El pueblo húngaro también se había encariñado con Sissi. Veían en ella una posible aliada para alcanzar sus anhelos. Francisco José era consciente de esas aspiraciones y entendía que el camino hacia una mejor relación con Hungría estaba abierto. Sabía que una política basada en el diálogo y el entendimiento mutuo era lo más sabio.

El primer paso era conceder una amnistía general para quienes habían sido considerados rebeldes. Entre ellos se destacaba el conde Julio Andrásy. Esta decisión parecía ir en contra de la postura de sus ministros, pero el emperador, influenciado por el amor que Sissi sentía por Hungría, confiaba en que el corazón de su esposa no se equivocaba.

Los ministros, luego de debatir en sus oficinas, acudieron a la audiencia concedida por el emperador. Mientras avanzaban por los pasillos del palacio, los soldados les presentaban armas en señal de respeto.

—Majestad —anunció el ayuda de cámara—, los ministros ya están aquí.

Francisco José cerró una carpeta con documentos y respondió:

—Que pasen.

El mayordomo se inclinó y fue a avisar al grupo que esperaba en la antesala:

—Señores ministros, Su Majestad los espera.

Uno a uno, los funcionarios ingresaron al despacho, donde el emperador los recibió de pie, tras su escritorio.

—Por favor, señores —dijo Francisco José con un gesto amable.

Los ministros se inclinaron y luego se pusieron firmes nuevamente.

—Excelencia —continuó el emperador, dirigiéndose al primer ministro—, puede empezar su informe.

El ministro sacó unos papeles de su carpeta y explicó:

—Majestad, el gabinete analizó ayer, entre otros temas, su propuesta de amnistía para los patriotas húngaros. Lamento comunicarle que todos los ministros, sin excepción, están en desacuerdo.

Francisco levantó la cabeza, visiblemente contrariado, pero con una expresión decidida en la mirada.

—¿Y cuáles son sus razones?

—El ministro del Interior, junto con los demás, considera que esta amnistía representaría un riesgo grave para Austria.

Hubo un silencio tenso. Los ministros se miraron entre sí mientras el emperador giraba en sus manos un papel, pensativo. Luego replicó:

—¿Y no es más peligroso tener a un país vecino como enemigo?

Nadie respondió.

—Concederé la amnistía aunque el gobierno no la apoye —afirmó el emperador con firmeza.

Sus palabras cayeron como un bloque pesado. El primer ministro apenas pudo balbucear:

—Majestad, permítame que...

—Mi decisión será anunciada de inmediato —interrumpió Francisco José.

—Sí, Majestad —asintieron los ministros con una inclinación de cabeza.

Una vez que se fueron, el rostro del emperador cambió. Se acercó al retrato de Sissi y lo contempló largo rato, con una sonrisa en los labios. Luego regresó a su escritorio y volvió a sumergirse en sus papeles.

CAPÍTULO II

El diario de Sissi

Mientras tanto, la archiduquesa Sofía, madre del emperador, estaba decidida a reorganizar por completo la vida del palacio. Lo que más le importaba era tener bajo control al grupo de mujeres que acompañarían a la nueva emperatriz: camareras y damas de compañía. Nombró como camarera mayor a la condesa Esterházy, una mujer ya mayor, muy observadora y criada desde niña con las reglas y etiquetas de la corte.

Como parte de su cargo, la condesa era quien debía atender en forma directa a la emperatriz o, al menos, recibir sus órdenes y transmitirlos al resto del personal. Gracias a eso, conocía hasta los más pequeños gustos de Sissi, y podía observar de cerca su carácter.

A veces se alarmaba un poco por el comportamiento de la joven emperatriz, pero pese a todo lograba aceptarlo. En el fondo, le tenía mucho respeto y un gran cariño. Además, su tarea no se limitaba a servir a Sissi: también debía informar a la archiduquesa Sofía sobre todo lo que pasaba a su alrededor.

De este modo, la madre de Francisco José podía saber, paso a paso, lo que hacía su nuera, sin que ella se diera cuenta. Sissi, por su parte, no prestaba mucha atención a lo que pensarán sus damas de compañía. Actuaba con honestidad, y lo único que le importaba de verdad era que su esposo estuviera contento. Y como lo había logrado, se sentía la mujer más feliz del mundo.

Las demás damas hacían sus comentarios entre ellas, claro, pero todas terminaban por admitir que Sissi era una mujer fuera de lo común. Nunca las reprendía, y eso las hacía sentirse realmente cómodas en su presencia.

—El carácter de la emperatriz es maravilloso.

—Muy distinto al de la archiduquesa Sofía...

—Y el problema es que ella siempre quiere imponer su voluntad.

—Por favor, señoras —interrumpió la condesa Esterházy—, están hablando de Sus Altezas. No olviden que la madre del emperador tiene el deber de orientar a la joven emperatriz. Sissi aún no tiene experiencia, y alguien debe ayudarla a cargar con esa gran responsabilidad.

—Para eso está el emperador, ¿no?

—El emperador tiene mil asuntos que atender —respondió la condesa—. Alguien debe apoyarlo con su esposa.

—Sí, pero...

—¡Silencio! —dijo otra de las damas—. Ahí viene la archiduquesa Sofía.

Todas se pusieron de pie e hicieron una reverencia al verla entrar.

—Quiero hablar a solas con la condesa Esterházy —dijo la archiduquesa.

Un momento después, ambas se encontraban en un gabinete al fondo del cual había una gran galería con muchas jaulas repletas de aves de colores. Había todo tipo de pájaros, pero lo que más llamaba la atención eran los papagayos.

Sofía miró en silencio toda la colección, sin dejar ver si le gustaba o le molestaba. Finalmente habló:

—Condesa Esterházy, la he nombrado camarera mayor de Su Majestad, así que espero que cumpla con su papel como es debido.

La condesa apenas asintió con una sonrisa breve.

—Sobre todo, deseo enterarme de cada movimiento de la emperatriz. No es por curiosidad, sino porque ella necesita guía, al ser aún demasiado joven.

—Haré todo lo posible por ganarme su confianza, Alteza.

Sofía pareció satisfecha. Se acercó a un pequeño escritorio que Sissi solía usar y preguntó:

—¿Tiene algo que contarme?

La condesa suspiró, como preparándose para una larga charla.

—Hace unos días trajeron otro papagayo al palacio. Me gustaría, si me lo permite, tener a mi cargo el control del parque de animales. —Hizo una pausa y añadió con cierto fastidio—: El ruido que hacen es insoportable.

Sofía la miró fijo. La condesa bajó la vista.

—Si a la emperatriz le gustan los animales —respondió la archiduquesa—, puede tener todos los que guste, aunque hagan un escándalo. Y si eso le altera los nervios, póngase algodones en los oídos y no se preocupe más.

—Entiendo... —dijo la condesa.

—¿Algo más?

—Sí —dijo un poco titubeante—. Su Majestad quiere hacer un viaje que me parece riesgoso.

—¿Eso es todo?

—También se queja del baño. Dice que la instalación es mala.

—Aquí se bañó María Teresa. No entiendo por qué se queja tanto una princesa bávara que, por pura casualidad, terminó siendo emperatriz.

Se encogió de hombros y, sin decir más, le indicó a la condesa que abriera uno de los cajones del escritorio. Esta lo hizo, y le entregó un libro.

La archiduquesa lo miró con atención y lo abrió al azar. Apenas leyó unas líneas, su expresión cambió. Era el diario personal de Sissi.

—Puede retirarse, condesa —ordenó.

—Sí, Alteza —respondió ella, y salió de la habitación.

Sofía leyó unas páginas más, cada vez más molesta. Cerró el diario y se dirigió sin prisa, pero con firmeza, al despacho de su hijo.

Francisco se sorprendió al verla entrar y se levantó de inmediato.

—¿Pasa algo?

—No exactamente —dijo ella—, pero me parece que algunas cuestiones importantes están perdiendo peso. Y todo, porque escuchas demasiado a tu esposa, que aún no sabe lo que hace. No olvides que eso puede traerte problemas.

El emperador se limitó a mirar a su madre sin decir una palabra.

—Tus ministros tampoco están de acuerdo con algunas decisiones tuyas. Dicen que pueden tener consecuencias graves para el país.

—¿Como cuáles?

—Ella fue quien insistió en levantar el estado de sitio en Hungría. Y ahora quiere conceder una amnistía a los rebeldes.

—Es cierto, mamá —dijo con firmeza.

—¿Incluyendo a ese líder, Julio Andrásy, al que llaman Gyula?

El emperador sonrió con serenidad.

—También a él, mamá.

—Ya veo... —murmuró ella.

—Es una amnistía general, por lo que se aplica a todos sin excepción. Por otra parte, no puedo entender cómo hay algunos que se sienten tan desgraciados, mientras yo me siento tan feliz.

—Si sigues actuando por sentimiento, vas a fracasar —dijo Sofía, preocupada.

El monarca se acercó a su madre. Ella, con un tono algo más persuasivo, añadió:

—Quedamos en que la sublevación solo puede detenerse con el uso de la fuerza. Y esa fuerza la tienes tú.

—Sí, mamá —respondió él con un gesto cariñoso mientras se acercaba—. Pero ¿no se logra más siendo comprensivo y amable?

La archiduquesa dio unos pasos hacia atrás. Mirando el diario de la reina que tenía en la mano, dijo con cierta ironía:

—Ya sé quién influyó en esa decisión tan absurda.

—Adivinaste, mamá —respondió Francisco, colocándose junto al retrato de su esposa. Con un leve movimiento de cabeza, lo señaló y dijo—: ¡Sissi!

La dama movió la cabeza de lado a lado, claramente decepcionada por todo lo que estaba ocurriendo.

—¿No te alegra eso? Por mi parte, estoy feliz de que hayas venido a verme.

Pero ella no pensaba en eso. Volvió a mirar el libro que tenía en la mano, y tal vez creyendo que sería una herramienta eficaz para demostrar los errores de Sissi, se lo extendió a su hijo.

—Entonces dime qué opinas de esto.

Francisco José miró el pequeño tomo sin agarrarlo. Su madre seguía con el brazo extendido.

—¿Qué es? —preguntó.

—Su diario —respondió, acercándose aún más para que lo tomara.

Pero el emperador no lo hizo. Volvió a colocarse detrás del escritorio, con cierto tono de reproche:

—¿Cómo llegó esto a tus manos, mamá?

Ella dudó un momento, pero enseguida reaccionó:

—Eso no importa ahora. ¡Léelo!

La respuesta fue clara, firme:

—No puedo hacerlo sin su permiso.

La archiduquesa no se inmutó. Adoptó una actitud resignada, aunque no podía ocultar su molestia. Quería que su hijo leyera al menos algunas líneas del diario de Sissi, así que lo abrió, buscó una página en particular, y sonrió satisfecha.

—Ya va siendo hora —dijo— de que conozcas sus inclinaciones poéticas.

Entonces, leyó en voz alta:

*Ya está aquí la primavera
los árboles se visten de verde claro,
las flores adornan las praderas,
los pájaros vuelven a entonar sus canciones...*

—Me parece muy bonito —dijo Francisco, aprovechando una pausa intencional.

*¿De qué me sirve la dulce primavera,
lejos de mi patria y de mi hogar,
si no puedo gozar como quisiera
de los mil encantos de mi lugar...?*

Siguió un silencio denso. El golpe había sido certero, y su madre lo notó. Sonrió, esperando alguna reacción a esas palabras de Sissi.

Sofía cerró el diario lentamente y lo dejó sobre la mesa, como si fuera una prueba condenatoria.

Esperó unos segundos más, con la mirada fija en su hijo, que estaba pensativo, con la cabeza baja.

De pronto, Francisco se dejó caer en la silla y, más que pedir, ordenó:

—Por favor, déjame solo.

La dama se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, lanzó una frase en tono autoritario:

—Veo que entre nosotros hay nuevas costumbres.

Una vez solo, Francisco miró el diario, que permanecía sobre la mesa como un testigo silencioso. Pero no lo tocó. Se levantó y, como tantas veces en el día, fue a contemplar el retrato de su esposa.

Permaneció en esa posición largo rato, hasta que su ánimo se calmó.

Un leve sonido lo hizo girar.

—¡Sissi! —exclamó, radiante, al ver que su esposa había entrado en silencio.

—¡Francisco!

—¡Mi adorada Sissi!

—¡Cuidado! Vas a arruinar estas rosas hermosas que corté yo misma para tu escritorio.

—¿Y viniste solo por eso? —preguntó él con alegría.

—Y también para hablarte del viaje a París —dijo Sissi con ternura en la mirada—. Y para preguntarte si todavía me amas como el primer día.

Francisco se acercó a ella, que estaba arreglando las flores en un jarrón. Apoyó las manos en sus hombros y la hizo girar suavemente.

—Mucho menos.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó ella, con un toque de picardía.

—Porque hoy no viniste a verme.

—¿Yo? Si no hago más que pensar en ti.

—¿De verdad?

—Sabes que sí, Francisco. Pero siempre estás aquí encerrado, ocupado con tus asuntos de Estado.

Francisco le levantó la barbilla con un dedo, la rodeó con los brazos y la besó.

—¡Mi querida esposa!

—Sí, pero creo que voy a empezar a tener celos.

Francisco soltó una carcajada.

—¿Celos tú? ¿De quién?

—No sé... —balbuceó ella—. ¡Del trabajo, de tu despacho!

Él volvió a abrazarla. Pero entonces Sissi se detuvo, sorprendida. Había visto algo sobre la mesa.

—¡Mi diario! —exclamó.

Fue hacia él para tomarlo, y miró a Francisco José con ojos interrogantes.

—Sí, mamá quería que lo leyera —explicó él.

Sissi hizo un gesto de disgusto.

—¿Está bien que entren a mis habitaciones, Francisco?

—De todos modos, te aseguro que no lo he leído.

—Y si lo hubieras hecho, no te culparía. Al contrario, me habría gustado.

Francisco apoyó con suavidad la mano en su hombro.

—Mamá quería que leyera tus poemas. Son muy lindos, de verdad.

Sissi sonrió, halagada. Pero él tenía una pregunta que no podía callar:

—Extrañas tu país, ¿no es así?

Sissi bajó la mirada y, apoyando la cabeza en su hombro, murmuró:

—Mucho.

—Lo entiendo. Pero ahora tu patria es Austria.

Ella suspiró.

—Sí, lo sé. Pero la nostalgia es como una enfermedad. No puedo evitar pensar en Possenhofen, en Baviera, en sus montañas, en mis hermanos, en mis padres. No puedo evitarlo, ¿lo entiendes?

Francisco José negó con la cabeza.

—Sí te entiendo... y a la vez, no. Pero intenta adaptarte a tu nueva patria. Yo hago todo lo posible para que seas feliz.

—Y lo soy —afirmó Sissi.

En ese momento, un lacayo anunció:

—El embajador austríaco en París, Von Himmer.

—Que pase.

El criado se inclinó y se retiró. Francisco miró a Sissi, como diciéndole que los asuntos de Estado no podían esperar.

Ella sonrió:

—Lo entiendo. Yo también pienso todo el tiempo en Hungría.

—¿Sabes que la amnistía ya es un hecho?

—Sí, y eso también me alegra mucho.

Se abrazaron para despedirse.

—Te veo luego —le susurró el emperador—. ¿Mientras tanto...?

—¿Pienso en ti?

Francisco asintió.

—Por supuesto. Siempre pienso en ti. Hasta la hora de comer... Por favor, ven a verme.

Mientras decía esto, Von Himmer ya había entrado y permanecía inclinado, en silencio, sin que ellos se dieran cuenta.

El embajador tosió varias veces hasta que los esposos se separaron, aún sonriendo.

Sissi se retiró hacia la puerta, y Francisco José se alisó la chaqueta.

—Hasta luego —dijo ella, alejándose.

—Adiós, Sissi —respondió él, con voz baja. Luego, mirando al embajador indicó—: Caballero, puede comenzar con su informe.

Von Himmer avanzó unos pasos, volvió a inclinar la cabeza, abrió un documento que llevaba en una elegante carpeta y comenzó a leer.

Francisco José lo escuchó con atención. Las noticias que llegaban del extranjero confirmaban los buenos resultados de la política exterior de Austria.